

hacia la muerte que acecha en la llanura: «Esto que ve, la pampa desmedida, / Es lo que vio y oyó toda la vida. / Está en lo cotidiano, en la batalla» (ed. cit., pág. 196). Si comparamos este poema con su antecesor, «Al coronel Francisco Borges», de *Luna de enfrente*, resulta claro que el «Poema conjetural» de 1943 ha influido en la concepción del antepasado, quien en esta nueva versión parece una nueva imagen, en tono menor, de Laprida camino de su muerte sudamericana o bárbara; esta vez, según es natural que ocurra con una segunda manifestación de la misma actitud, sin revelaciones dantescas y sin «júbilo»: se trata simplemente de la muerte con la que el coronel Borges contó siempre, y que resulta por eso en su caso, lo mismo que en el de Laprida, «vencedora»¹².

El siguiente poema del que trataré nos sitúa de nuevo en la era peronista que provocaba la evocación de la «Página». «Mil novecientos veintitantos» contrasta dos tiempos, el del título, cuando el poeta «tramaba una humilde mitología de tapias y cuchillos» (*Hombres pelearon*, la primera versión de *Hombre de la esquina rosada*, etc.), mientras su amigo «Ricardo [Güiraldes] pensaba en sus reseros», y el presente que repentinamente lo sorprende en 1955:

*No sabíamos que el porvenir encerraba el rayo,
No presentimos el oprobio, el incendio y la
tremenda noche de la Alianza*¹³;
*Nada nos dijo que la historia argentina echaría a
andar por las calles,
La historia, la indignación, el amor,
Las muchedumbres como el mar, el nombre de
Córdoba,
El sabor de lo real y de lo increíble, el horror y la
gloria* (ed. cit., pág. 202).

Se trata de una evocación del proceso de la caída de Perón: el 16 de junio de 1955 un grupo rebelde bombardea y ametralla desde el aire el centro de Buenos Aires; esa noche, tras una concentración sindical, las iglesias del centro de la ciudad son incendiadas¹⁴, y, finalmente, el 16 de septiembre, el general Lonardi inicia en Córdoba el movimiento militar que pone fin al primer Gobierno peronista.

¹² Francisco Borges nació en Montevideo, donde su familia se había exiliado, durante el sitio de los federales, y participó en la batalla de Caseros, que puso fin a la dictadura de Rosas, en la guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, etc. En 1874 se unió a las fuerzas del general Bartolomé Mitre, quien se rebeló ese año contra el presidente Sarmiento. En la batalla de La Verde los rebeldes fueron derrotados, y Borges, desarmado, envuelto en un poncho blanco, encaminó su caballo hacia las tropas victoriosas. Las balas que lo mataron provenían de los primeros rifles *Remington* usados en la Argentina (Autobiografía, pág. 205; RASI, pág. 153).

¹³ La «Alianza Nacionalista», cuyas oficinas fueron destruidas durante el bombardeo de Buenos Aires por la Marina de Guerra rebelada contra Perón.

¹⁴ Se trata de la misma noche en que tiene lugar el desenlace del «Informe sobre ciegos», y con él el drama central de *Sobre héroes y tumbas*, de ERNESTO SÁBATO.

La posición política de Borges resulta evidente de la lectura del poema: el «oprobio» corresponde a la quema de las iglesias (en represalia por el bombardeo del mismo día, en el que perecieron militantes peronistas); «las muchedumbres como el mar» y «la gloria» describen el derrocamiento de Perón.¹⁵ No hay que confundir esta postura, sin embargo, con la más típicamente retrógrada del conservadurismo latinoamericano, pues Borges trata en la primera parte del poema del falso alejamiento en que vivían los intelectuales de su generación: «lejos del azar y de la aventura, / Nos creíamos desterrados a un tiempo exhausto, / El tiempo en el que nada puede ocurrir. / El universo, el trágico universo, no estaba aquí / Y fuerza era buscarlo en los ayeres», cuando los sorprende la barbarie, o el descubrimiento de que su verdadero destino es otro que el que pretendían sus preocupaciones librescas.

En el poema que sigue en orden editorial al que acabamos de examinar, «Oda compuesta en 1960», el poeta se dirige a la Argentina en ocasión de los ciento cincuenta años del comienzo del movimiento de independencia. Se trata de un hermoso poema donde, empleando la técnica más característica de su poesía, Borges enumera en tono conversacional los diversos modos en que ha sentido a su patria—resumen a su vez de su propia temática—, para terminar evocando la permanencia de aquella con una afirmación de su propia comunión con la patria: «Pero por ese rostro vislumbrado / Vivimos y morimos y anhelamos, / Oh inseparable y misteriosa patria» (ed. cit., pág. 203).

Para 1966, fecha de otro poema a la Argentina—«Oda escrita [nótese el uso de un verbo menos elocuente] en 1966»—, la situación del país ha hecho crisis una vez más con la inauguración de una nueva dictadura militar, y consecuentemente, aunque la fecha, siglo y medio de la proclamación de la independencia, sugeriría un gesto jubiloso, el poeta va a expresar menos afirmativa y más dramáticamente la estabilidad de la patria que evocaba en 1960 a través de su propia temática literaria;

¹⁵ «The long-hoped-for revolution came in September, 1955. After a sleepless, anxious night, nearly the whole population came out into the streets, cheering the revolution and shouting the name of Córdoba, where most of the fighting had taken place. We were so carried away that for some time we were quite unaware of the rain that was soaking us to the bone. We were so happy that not a single word was even uttered against the fallen dictator» (Autobiografía, pág. 248). «Otro poema de los dones», de *El otro, el mismo*, da gracias «Por ciertas vísperas y días de 1955» (*Obra*, pág. 278). El fragmento «Martín Fierro» cuenta que hubo dos tiranías en el país, da un macabro ejemplo de la de Rosas—un carro lleno de cabezas unitarias recién cortadas—y dice de la de Perón: «La segunda fue para muchos cárcel y muerte; para todos un malestar, un sabor de oprobio en los actos de cada día, una humillación incesante» (*El hacedor* [Buenos Aires, 1960], página 35). En su artículo «In the Labyrinth» (*The Cardinal Points of Borges*, ed. Lowell Dunham y Ivar Ivask [University of Oklahoma Press, 1971], págs. 17-23), RODRÍGUEZ MONEGAL cuenta cómo Borges se sentía ya en 1946 acosado por el peronismo y veía a Buenos Aires como la ciudad semi-monstruosa del cuento *La muerte y la brújula*. El crítico, de visita en Buenos Aires, se resiste a compartir esa angustia de Borges y se pregunta por qué se negaba éste a entender, por ejemplo, la razón de la verdadera popularidad del peronismo. A raíz del golpe de estado de 1962, Borges, entrevistado de nuevo por RODRÍGUEZ MONEGAL, comprende que es injusto negarle al peronismo la victoria obtenida en las elecciones de ese año. (Véase lo que digo más adelante a propósito de la «Oda escrita en 1966».)

en tanto que ahora nos va a decir repetidamente que «Nadie es la patria», ni la memoria de sus héroes (los Suárez y los Laprida, por ejemplo), ni el pasado de todos sus hijos—aspecto en el cual aparecen algunos motivos especialmente melancólicos de la obra de Borges, como espejos y jardines bajo la lluvia—. Porque la patria no es una persona o su memoria, sino «un acto perpetuo / Como el perpetuo mundo»; declaración que se concreta unos versos más abajo en una promesa patriótica:

*todos debemos
Ser dignos del antiguo juramento
Que prestaron aquellos caballeros
De ser lo que ignoraban, argentinos,
... ..
Somos el porvenir de esos varones,
La justificación de aquellos muertos;
Nuestro deber es la gloriosa carga
Que a nuestra sombra legan esas sombras
Que debemos salvar (pág. 282).*

La incertidumbre de la situación política argentina en 1966 y en 1953, combinada en el último caso con las arbitrariedades del peronismo, resultan en una llamada cívica a la denuncia en la «Página»; al mantenimiento de cierto valores en la segunda Oda. En ambas ocasiones el poeta sugiere algún tipo de acción política.

La dictadura militar, que aunque más o menos presente desde 1955 toma abiertamente el poder en junio de 1966, se proponía defender los intereses de la clase social con la que tan identificado se halla Borges, de modo que podría sorprender a primera vista, de acuerdo con mi interpretación de la oda de esa fecha, que el poeta toma por el patrimonio espiritual de su patria. La explicación de esta actitud se halla en el «Poema conjetural», que no sin razón posee tanta importancia para el poeta («querría sobrevivir en el *Poema conjetural*», dice el prólogo a su *Obra poética*)¹⁶, donde Laprida comprende que los valores civiles por los que ha venido luchando no pueden vencer el destino bárbaro del mundo en que le ha tocado nacer.

El profundo pesimismo común a todos estos poemas resulta de la convicción íntima del poeta de que el destino que mejor le correspondía no es el que le ha tocado en suerte, sino el de un europeo (un inglés,

¹⁶ Imaginando qué poemas querría legar a las antologías, Borges señala otros además del «Poema conjetural»: «Poema de los dones», «El Golem» y «Límites» (*Obra*, pág. 12). El disco «Jorge Luis Borges por él mismo» (Buenos Aires: AMB, 1967) contiene, entre otras, lecturas de la «Página» y del «Poema conjetural», cuya concepción Borges explica como una visión interior; en tanto que concibió «El general Quiroga va en coche al muerte» desde fuera, como un grabado. *La Antología personal* (Buenos Aires: Sur, 1961) incluye los poemas de Laprida y de Suárez, el cuento *El Sur* y varias otras de las obras que menciono en este artículo: «Mateo, XXV, 30», «La noche cíclica», *El Fin*, *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*, *Historia del guerrero y de la cautiva*, etc.